

limbo

Núm. 29, 2009, pp. 159-162

ISSN: 0210-1602

La razón en el arte y otros escritos de estética

AMPARO ZACARÉS PAMBLANCO

GEORGE SANTAYANA, *La razón en el arte y otros escritos de estética*, Madrid, Verbum, 2008, 188 pp.

Quizás la editorial Verbum, en su colección Mayor, no haya sido nunca más fiel a sus principios programáticos como en la presente edición de la obra de Santayana. De hecho recuperar la obra de este filósofo español de nacimiento, poco difundido fuera del ámbito académico anglosajón, contemporáneo de los filósofos de Harvard como William James o John Dewey, constituye “el redescubrimiento de un patrimonio intelectual que debe permanecer vivo y ejemplar”, máxime cuando la intención es subrayar la faceta más desconocida suya, esto es, la reflexión estética que corresponde al período norteamericano en el que Santayana fue también profesor en Harvard. En este sentido no es casual la elección de editar precisamente el cuarto libro de los cinco volúmenes de *La vida de la razón*, publicados entre 1905 y 1906, donde el pensador expuso la historia de la civilización basándose en las funciones del sentido común, la sociedad, la religión, el arte y la ciencia, desde una cultura fundada en la razón. Si algo sobresale en *La razón en el arte* es la importancia que el autor otorga a la imaginación en las creaciones humanas y la peculiar relación que mantenemos con el mundo cuando al vernos arrastrados a pensar sobre él, precisamos de un cierto pragmatismo que nos recuerde que somos parte implicada. Todo su análisis sobre la utilidad y la racionalidad en el arte industrial surge del contexto histórico de finales del XIX que encumbró una estética aliada

a lo útil tecnológico. En Norteamérica la relación directa con la razón y el advenimiento de la industrialización sirvió para la afirmación de la identidad y del paisaje nacional y tuvo sus defensores en Emerson y Withman, sin embargo Santayana se interesó más en la intervención de la razón y en el dominio del manejo de los materiales para lograr lo ideado por la creatividad humana. De ahí su postura contraria al Romanticismo que concebía al artista como un ser poseído por fuerzas místicas con las que objetivaba sus emociones y pasiones, dejando en segundo lugar la obra y anticipando la muerte del arte clásico según la tesis hegeliana.

Desde esta tesitura, aunque en la práctica artística la imaginación se active como un impulso espontáneo, para que lo creado adquiriera valor estético, debe alcanzar la utilidad en mayor o menor grado y desempeñar una función racional en el entramado de la civilización y de la cultura. En realidad el empeño del autor reside en recordarnos que el arte forma parte de la vida y, consecuentemente, en defender que los valores estéticos no pertenecen a un mundo trascendente sino a la realidad de la vida misma y han de ajustarse a los criterios de la moral y de la razón. De este modo el arte nos ayuda a ser mejores, humaniza nuestro entorno y nos permite dominar idealmente la realidad para establecer un nexo armónico entre ella y nosotros. En este sentido una de las ideas clave que el autor resalta es que toda representación artística es inseparable de una cierta representación de la belleza. Así, al enfatizar la belleza genuina en la experiencia de la vida, sostiene un vitalismo alejado de la desestetización del arte, es decir, de la expulsión de la categoría de la belleza de los objetos artísticos y del ambiente humano. De hecho Santayana no admitió en el arte esa insuficiencia o falta de exquisitez que se desprende de la barbarie de lo que él mismo calificó “el carácter anómalo del artista irracional” e hizo suyos los principios de la Antigüedad clásica que enfatizaba la perfección de la obra artística basándose en el equilibrio, la armonía y la unidad, convicción que provocó también su distanciamiento de las vanguardias de los inicios del siglo xx. Adelantándose a su tiempo, fue pionero en denunciar el ocaso de la idea

de Belleza que, junto a otras ideas asociadas a ella como la de Bien o Verdad, experimentó la cultura occidental. Por este motivo resulta interesante releer sus consideraciones acerca de la censura en el arte así como sus críticas a la rigidez de Platón al respecto. Con todo Santayana no puede ser acusado de valorar únicamente la obra de arte por la corrección formal de su composición ni por su corrección política o moral, paradigmas ambos en competencia a los que su pensamiento no puede adherirse. Su postura no se asemeja en nada a un realismo socialista que somete la obra de arte a dictámenes más o menos estratégicos de las necesidades políticas de un partido, ni al esteticismo frívolo y artificioso sin fundamento, que libera al arte de su compromiso con la vida e impide considerar la felicidad humana en su totalidad, pues si algo caracteriza su teoría estética es la idea viquiana de que el arte está enraizado en la experiencia primitiva de la vida y que con él se accede al mundo humano del sentido a la vez que la realidad se humaniza transformándola.

Llegados a este punto, podríamos decir que Santayana elabora antes una teoría del arte que una estética a la manera kantiana, pues de esta última no admite su carácter autónomo como disciplina filosófica. Para comprobarlo esta edición incluye dentro del apartado dedicado a otros escritos estéticos, la traducción de su ensayo *¿Qué es estética?* publicado en 1904. En su opinión “la cuestión de si la estética es parte de la psicología o una disciplina filosófica aparte” resulta ser insoluble porque “la estética no es ninguna de las dos cosas”. Afirmando más adelante que “una única y completa ciencia estética, natural o ideal, es un ídolo de la caverna y una quimera escolástica”. No es que el filósofo no se preocupe de los interrogantes propios de la estética cercanos a la epistemología y a la ontología, tales como ¿qué es la Belleza?, ¿cómo conocemos dentro del ámbito estético? o si ¿existen patrones estéticos para el criterio de gusto?, sino que distribuye tales cuestiones entre la teoría del arte y la crítica porque “lo que hay en la región ideal, en lugar de una ciencia estética, es el arte y la función de la crítica”. Por otra parte, al igual que en el mundo clásico, pero sin caer en las contradicciones de la heteronomía en el

arte mencionadas antes, queda patente que la diferencia entre ética y estética es ínfima, en especial al destacar que las bellas artes expresan los ideales humanos que contribuyen al bienestar, al placer y a la felicidad de los individuos.

Esta edición que tiene el interés de estar supervisada por Ricardo Miguel Alfonso, experto en historia de la teoría y crítica literaria de Estados Unidos, se completa con un breve pero exhaustivo estudio preliminar y un epílogo firmado por Fernando Savater que corresponde a una conferencia suya pronunciada en 1984 en la sede de Santander de la Universidad Menéndez Pelayo. Contiene además dos apéndices de dos estudiosos reconocidos de la poética y estética del filósofo, como fueron el escritor y poeta José María Alonso Gamo y el filósofo y crítico literario Raimundo Lida. Un libro de recomendada lectura para el lector que quiera descubrir dos cosas de índole diversa: en primer lugar que *El sentido de la belleza*, libro que compendia sus primeras lecciones en Harvard, no reúne las ideas básicas de su pensamiento estético y, en segundo lugar, el motivo por el que el itinerario vital de Santayana, después de numerosas estancias entre América y Europa, le llevó a residir sus últimos años en Roma, donde sus restos reposan.

Amparo Zacarés Pamblanco

Departamento de Filosofía-Área de Estética y Teoría de las Artes

Universitat de València

Avda. Blasco Ibáñez 30, 46010 Valencia

E-mail: amparo.zacares@uv.es